

El nuevo Presidente, joven, abierto, prometía una «Nueva Frontera», consistente en la riqueza, la conquista...

funciona para el bien de la República, sino para sus propios fines, para su propia perpetuación».

La «nueva frontera» fue proclamada y anunciada en 1961, con la fuerza de aquel disparo que daba la señal de partida para las carreras que iban a instalarse en tierras aún desconocidas. Tres meses después venía el primer desastre: bahía de los Cochinos. El 17 de abril de 1961 desembarcaban los comandos en la isla de Cuba, y el 20 de abril estaban completamente destruidos: 80 muertos, 1.200 prisioneros. La operación la había preparado cuidadosamente la CIA durante la época de Eisenhower, pero la operación la había asumido el gobierno de Kennedy. Un año y medio después, en octubre de 1962, vendría la confirmación: el bloqueo de Cuba forzaba a Krushchev a retirar sus cohetes, pero tampoco había invasión de la isla de Cuba. Se aparentaba un éxito, pero se sabía, y muy

seriamente, que era ya una frustración: no había manera de borrar ni de barrer la existencia de un Gobierno fuertemente comunista a las orillas de los Estados Unidos. La «nueva frontera» no se abría por ahí. ¿Se abriría por Vietnam?

Seríamos muy injustos si nos limitásemos a esta década del desastre para señalar el camino a Watergate. Que lo haga Halberstam, que cuenta lo que ha vivido. Lo historia viene de antes. Tampoco hace falta que nos vayamos al «muy antes»: ni a los pieles rojas torturados por Custer ni a la voladura del «Maine». Empecemos después de la guerra. Los Estados Unidos han salido de ella no sólo con un poder intacto en un mundo en ruinas —amigos y enemigos—, sino con un arma absoluta, y debidamente ensayada con carne humana en Hiroshima y Nagasaki: la bomba atómica. Y con un sentido de misión y una moral nueva, la de la Carta del

Atlántico. Y la de San Francisco. Va a comenzar lo que Ronald Steel llamaría con frase indulgente y autoexpiatoria «el imperio involuntario» («Pax Americana», por Ronald Steel, Editorial Lumen, Barcelona, 1970). La doctrina Truman, el Plan Marshall, la noción del mundo libre... Pero en 1949 estallaba la primera bomba atómica soviética. No parecía posible. Alguien llegó a suponer que la URSS había hecho estallar una enorme cantidad de trilita para fingir que tenía la bomba atómica, pero los informes y los análisis del aire no dejaron lugar a duda. La reflexión general de los Estados Unidos fue aberrante. Si la URSS era, como se había dicho, un inmenso país de barro y nieve donde reinaba un despotismo asiático, la única posibilidad de que tuviese la bomba atómica era la de que hubiese sido robada a los Estados Unidos. La URSS manejaba la traición y la subversión... Una inmensa ola

## EDUARDO HARO TECLEN

de pánico, una ola frontal y enorme barrió los Estados Unidos. Miedo a que la URSS pudiera alcanzar con el arma terrible a los Estados Unidos, pero, sobre todo, miedo a la traición interior, a la «quinta columna», a la subversión, al espionaje. Sobre esa ola se montó un campeón del «surf» político, el senador Joe McCarthy, utilizando un subcomité del Senado, y consiguió tal distorsión de la democracia que la convirtió en un fascismo. Ejecuciones —los esposos Rosenberg—, cárceles, exilios, persecuciones. Una crisis de confianza. A. Mac Leish escribía entonces: «McCarthy no es el autor de la crisis de confianza de América en sí misma; por el contrario, es la crisis de confianza la que ha hecho posible a McCarthy». Pero la «caza de brujas» de McCarthy dejó una huella imborrable en la política y en la cultura y permitió una reflexión amarga de los Estados Unidos sobre sí mismos.

El segundo paso de este via crucis fue la guerra de Corea. Después de muchos incidentes, estalló de una manera abierta en 1950 (25 de junio) y duró tres años, hasta el armisticio de 1953 (27 de julio). Las Naciones Unidas estaban en manos de los Estados Unidos; declararon agresora a la URSS y decidieron el envío de un cuerpo expedicionario. El cuerpo expedicionario fue, en realidad, un ejército americano inmenso. En 1951, la guerra estaba prácticamente perdida. El general Douglas Mac Arthur propuso el empleo de la bomba atómica sobre China como única solución posible. Truman se lo negó y Mac Arthur dimitió (febrero de 1951). Pudo especularse, y puede seguirse especulando aún, con el hecho de que Truman, que había dado la orden de largar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, quizá hubiese accedido en esta ocasión a la petición del militar, de no haber existido antes la seguridad de la posesión por la URSS de la bomba atómica. Y de la posibilidad de una réplica. Nacería entonces el equilibrio del terror, que iba a denominar y a calificar los años subsiguientes. Pero la guerra se perdió con el armisticio de 1953. Dos graves impactos morales para los Estados Unidos: la primera guerra perdida de su historia (aunque la historia escrita no la haya recogido como tal, de la misma forma que ocurre ahora con la guerra perdida de Vietnam), y la noción de que no podían utilizar su fuerza.

En todo este clima de terror al espionaje, de sentimiento de traición, de pérdida continua de peso específico de la democracia, las elecciones hubieron de traer un gobierno duro y ceñido, el de la trilogía Eisenhower-Nixon-

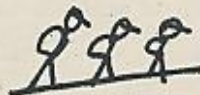


## ALTAMIRA, COLONIA DE VERANO



PARA NIÑOS Y NIÑAS DE CINCO  
A DOCE AÑOS. DURACION: UN  
MES, JULIO O AGOSTO

**PLAYAS,  
MONTE,  
RIOS,  
PUEBLOS,  
ROMERIAS...**



**CON CINCO DIAS  
DE CAMPAMENTO  
AL PIE DE LOS  
PICOS DE EUROPA**



**INFORMACION E  
INSCRIPCION EN**

**COLEGIO  
ALTAMIRA  
MURIEDAS**

(Santander) Télf. 25 02 44



30 **triunfo**

## UN LARGO CAMINO HASTA WATERGATE

Foster Dulles, Presidente, vicepresidente y secretario de Estado. El gran Gobierno de la guerra fría y del equilibrio del terror. Los Estados Unidos verían con asombro cómo la defensa de la libertad servía de pretexto para implantar y sostener tiranos en los pequeños países de Asia, en América Latina. Todas las contradicciones eran ya demasiado visibles. Y Eisenhower desapareció finalmente de su puesto, tras los dos períodos electorales, en medio de una gran vergüenza: el asunto del «U-2». El 5 de mayo de 1960, la URSS anunció que un avión de espionaje, el «U-2», había violado su espacio aéreo y había sido derribado; Kruschchev, que

se supone que el radar o el sonar pueden alcanzar— y el piloto muerto. Pero el avión estaba prácticamente intacto, y su piloto vivió y confesó: se publicaron los detalles que resultaban hasta cómicos (el piloto llevaba un manual de conversación ruso-inglés por si caía en paracaídas, unos rublos para los primeros gastos y una ampolla de cianuro para suicidarse si caía en manos del enemigo: ni siquiera la usó). Y así se descubrió que el Presidente había mentido. A fin de cuentas había mentido al extranjero, al enemigo. Pero volvió humillado a su país.

Vino Kennedy después de Eisenhower. Y vinieron bahía de

La había iniciado Kennedy. Dicen los italianos que «un bel morire tutta una vita onora»; Kennedy asesinado —y, probablemente, por los «duros», por los belicistas, por los ultraconservadores— era un héroe glorioso. Pero, ¿qué hubiese hecho Kennedy con la guerra de Vietnam? Se sabe lo que hizo Johnson y lo que hizo Nixon: la enfangaron, la ampliaron, aumentaron sus réditos de sangre propia y ajena, perdieron la cara de la defensa de las libertades, el prestigio mundial y, además, la guerra. Hay quien mantiene que la guerra de Vietnam ha supuesto la peor catástrofe para los Estados Unidos después de la guerra civil o de Secesión.



El asesinato de Kennedy y la torpe trama montada en Dallas para disfrazar el hecho hicieron perder la fe en los máximos valores de la justicia.

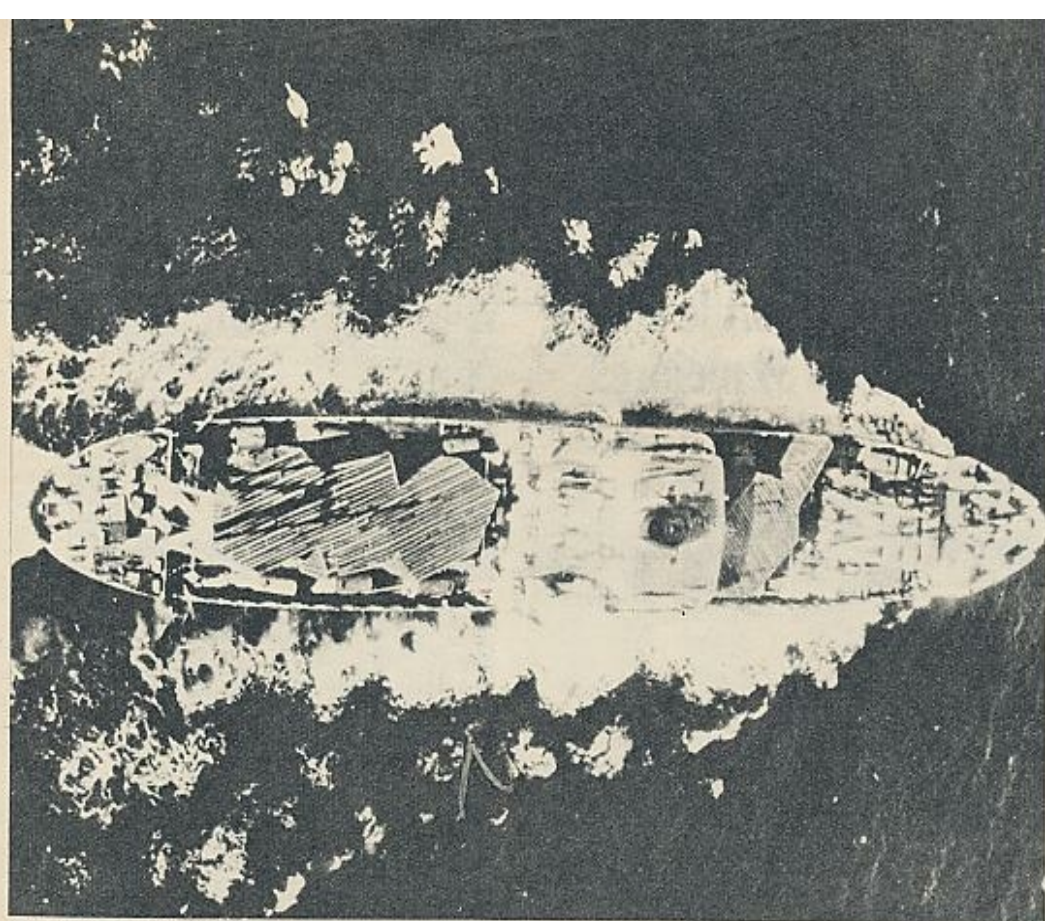
estaba en París para celebrar una conferencia de los «cuatro grandes», se negó a entrevistarse con Eisenhower mientras éste no diera explicaciones y pidiese perdón. Eisenhower negó rotundamente el asunto. Podía ser un avión salido de la base de Adana, en Turquía, y entrado en territorio soviético por equivocación. Los Estados Unidos suponían que el avión estaba destruido, al caer de su enorme altura —los aviones espías vuelan más alto de lo que

los Cochinos, la crisis del Caribe, el reconocimiento de la necesidad de la coexistencia pacífica... Y su asesinato. Toda la torpe y necia trama montada en Dallas por la Policía local y el FBI para disfrazar el asesinato y, lo que fue peor, la comisión Warren con su prolijo informe, que hizo perder la fe en los máximos valores de la justicia. Fue una crisis de conciencia profunda y grave.

Pero ya entonces estaba en marcha la guerra de Vietnam.

Que ya tampoco se presenta en la versión de John Ford. En la guerra de Vietnam se produjo la más terrible crisis de sociedad. Crisis de civilización, dicen algunos. Fue la huida de la juventud, la caída del sueño americano —el doble sueño, el de los textos fundacionales de la independencia y la Constitución y el de las Cartas de la posguerra—; el nacimiento de la contracultura, el auge de las drogas. Las rebeliones negras... Y los asesinatos po-





Los aviones norteamericanos fotografiaron cohetes soviéticos sobre las cubiertas de los mercantes y el bloqueo de Cuba forzó a Krushev a retirarlos.

líticos —el otro Kennedy, Lutero King—, y las huidas de desertores, y el tribunal de crímenes de guerra de Estocolmo. Y la pérdida de las Naciones Unidas...

Demasiadas frustraciones. Demasiados renegos, demasiadas derrotas. Se pregunta uno por qué el asunto de Watergate ha levantado este inmenso escándalo si cualquiera de los temas anteriores —hasta los pequeños, hasta los que no están recogidos en este inventario esquemático— han tenido más gravedad y más trascendencia. La respuesta está en la misma pregunta: porque es un suceso inscrito en la línea de todos los demás y porque en él se concentran todas las frustraciones, todas las amarguras, todas las contradicciones, todas las derrotas anteriores. Podría imaginarse que sin la disolución de la ética democrática y la contracción de los principios y las bases ideológicas que comienzan, digamos, a partir de la época de McCarthy, un equipo en el poder, quizá un Presidente, no hubiesen llegado a cometer una acción tal como la del espionaje y robo de documentos al partido contrario, que finalmente es una manera de intentar violar —y violar, de hecho— la soberanía del pueblo para elegir su propio gobierno. Si Nixon supo, si Nixon ordenó, cabe muy bien suponer que no se daba bien cuenta de la gravedad de la cuestión, ni siquiera en el caso de que fuera descubierta. Quizá este punto sea el más inquietante de todo. Ciertos

delitos de tipo ético son peores cuando se realizan sin conciencia de que son delitos, porque entonces indican una falta general, y no particular, del sentimiento de la responsabilidad, de lo que hay que respetar. Las mismas etapas del asunto y su descubrimiento son muy reveladoras: se descubrió antes de las elecciones, se publicó antes de las elecciones y no alteró el resultado de éstas porque en ese momento nadie, a excepción de algunos periódicos y de las víctimas del espionaje llamaron la atención sobre el destroz ético que suponía. Apareció como una picaresca política, como una marrullería, como un juego sucio; termina como una gran crisis nacional. Con la lentitud de algunas indignaciones o de algunos movimientos de conciencia.

Pero la respuesta sigue sin darse. ¿Por qué es Watergate el tema del escándalo y no algunos de los acontecimientos de unos meses antes? ¿Por qué no uno de los que podrían producirse después? Watergate es el equivalente incruento de una revolución y las revoluciones comienzan por pretextos sorprendentes, fútiles. Un día, un puñado de marineros se cansa de comer carne agusanada, y es la rebelión del «Potemkin». Un día la Reina de Francia dice una boutade («Si el pueblo no tiene pan, que coma tortas») y es la Revolución francesa, y la real cabeza rodará por la vía pública. Luego se saben los acontecimientos subyacentes, las cau-

sas profundas. El momento es imprevisible, pero es explicable.

El momento de Watergate coincide con una situación política histórica. Viene sobre ese pasado, viene cuando termina la guerra de Vietnam, cuando los Estados Unidos profundizan su amistad con la URSS— Breznev está ahora a punto de llegar a Washington— cuando se produce la reconciliación histórica con China. Viene cuando acaba de desaparecer la guerra fría. Las guerras han justificado siempre ciertos abusos morales y éticos, y la guerra fría también. La guerra fría ha permitido todas las aberraciones de la democracia que se han dado en el mundo y de cierta forma ha justificado muchas de las cosas que quedan aquí descritas. Pero cuando no hay guerra, no hay justificación ni permiso. Al mismo tiempo que esas aberraciones prácticas y semánticas de la democracia, se ha estado manteniendo el principio de la democracia misma; más aún, todo se ha hecho con la declaración explícita de que servía para restaurar finalmente la democracia. En cierta forma, al desaparecer las causas de contención, debe reaparecer la democracia. Hace ya tiempo que se viene viendo cómo hay un intento de regreso a las premisas de la posguerra de 1945. Eran aquellas las de que había desaparecido al Mal político, la tiranía y el fascismo, y había aparecido el Bien absoluto. Se trata ahora de borrar el mal camino. Sería pro-

lijo ahora enumerar los síntomas, pero los hay muy visibles. La reaparición de los socialismos europeos, el desbloqueo por la izquierda democrática del comunismo francés, el proceso al fascismo que se abre en Italia con el levantamiento de la inmunidad parlamentaria de Almirante, la conversión del Mercado Común europeo de un instrumento de guerra fría en una institución supranacional con carácter parlamentario abierto...

Habría que inscribir en esta línea de acontecimiento la revolución de Watergate. Es una reivindicación, una revolución democrática contra ese estado centralizado de que habla David Halberstam, enemigo de su prensa, de sus jueces y de su Congreso. Proféticas palabras, porque son precisamente la prensa, los jueces y el Congreso los protagonistas de esta revolución democrática.

En esto hay que ver una grandeza permanente de los Estados Unidos. No todo está perdido, ni mucho menos, en el «american dream» o en el idealismo de posguerra. La democracia, efectivamente, ha estado amordazada, o dormida, pero no muerta. Conocemos la servidumbre de la prensa en los Estados Unidos, pero sabemos que es menor de la que hay en otros muchos países; se ha podido ver su grandeza. El poder judicial estaba en entredicho, y no sólo por la comisión Warren, sino hasta por ministros de Justicia como Mitchell, complicado ahora de lleno en el caso de Watergate, pero, de pronto, de alzado. El Congreso estaba maldito desde que lo utilizó McCarthy como instrumento de dictadura, pero ahora juzga nada menos que a un Presidente.

Las revoluciones se ganan o se pierden. Más frecuentemente se pierden. Citemos una vez más la frase certera de Rosa Luxemburgo: «El camino del socialismo está empedrado de derrotas». Es decir, una revolución se pierde, pero algo hace avanzar a la sociedad que sacude. Hay muchas probabilidades de que la revolución democrática de Watergate se pierda. Pero hay bastantes seguridades de que este escándalo —si se reduce a sus términos inmediatos— no sea estéril. Sucede a favor de la historia actual. Si sólo se queda en exorcismo, ya habrá conseguido bastante. Puede seguir Nixon en el poder, y no ser ya ni el mismo Nixon, ni el mismo poder. ■ E. H. T.